

Tanto la primera lectura como el Evangelio nos retan. Hoy nos piden que elijamos una vez más: ¿A quién queremos nosotros servir? ¿Estamos dispuestos a aceptar las enseñanzas de Jesús? ¿Estamos por nuestros pensamientos o nuestras vidas diciendo que nosotros queremos dejar a Jesús?

En la primera lectura de hoy, el sucesor de Moisés, Josué, que llevó a la gente de Israel a la tierra Prometida es un viejo preparándose para morir. Cuando él les habla a los Israelitas, les recuerda que Dios ha liberado a sus antepasados de la esclavitud en Egipto y, después de muchos años en el desierto, ellos ahora están colonizados en esa tierra que Dios les prometió. Sus antepasados han sido infieles a Dios. Así que Josué ahora les dice: «. . . digan aquí y ahora a quién quieren servir . . .». ¿Quieren servir los dioses que sus antepasados servían, o los dioses que la gente alrededor de ustedes sirven, o quieren servir al Señor? Entonces Josué proclama su fe: «En cuanto a mi toca, mi familia y yo serviremos al Señor».

En nuestra lectura del Evangelio, Jesús les habla a sus discípulos, esa gente que le ha estado escuchando, queriendo aprender de él y vivir en el modo de vida que él vive. En detalle gráfico y aún estremecedor, explica el tipo de la relación que quiere con ellos: «Si quieren la vida eterna, si quieren **mi** vida», él dice, «han que comer mi carne y beber mi sangre». Estoy seguro que no nos podemos imaginar que estremecedor esta declaración era para la gente judía. Bajo ninguna circunstancia una persona judía bebiera la sangre. Además, ellos cuidadosamente drenaban toda la sangre de cualquiera carne que iban a comer. Consumir la sangre explícitamente era prohibido en su ley porque para los judíos la sangre era la vida. No representaba la vida o significa la vida. Era la vida. Un animal o una persona sin sangre estaba sin vida.

Así cuando Jesús dice, «Yo les aseguro: Si no comen la carne del Hijo del Hombre y no beben su sangre, no podrán tener vida en ustedes», no está diciendo que su sangre representa la vida o significa la vida. Es vida. Así, más fácilmente podemos entender porqué «. . . muchos discípulos de Jesús dijeron, «Este modo de hablar es intolerable, ¿quién puede admitir eso?» Pero Jesús no les dice, «Los siento. Yo sólo estuve bromeando. Estuve hablando simbólicamente. De verdad estoy hablando sólo acerca de una comida simbólica». Dice que la Eucaristía verdaderamente es su cuerpo, su carne y su sangre. Entonces da una declaración más fuerte: «¿Esto los escandaliza? ¿Qué sería si vieran al Hijo del hombre subir a donde estaba antes?» Es decir, ¿qué sería si lo vieran ascender en el cielo? «El Espíritu es quien da la vida; la carne para

nada aprovecha»; es decir, hablo acerca de la vida espiritual, no simplemente la vida física.

En darnos estos pasajes de Sagrada Escritura, la Iglesia nos dice que Josué y Jesús están desafiándonos una vez más. ¿A quién queremos servir? ¿Queremos aceptar las enseñanzas de Jesús? ¿Queremos dejarlo y volver a nuestra anterior manera de vida?

Para servir al Señor, para comer su carne y beber su sangre, no es simplemente una acción o aún muchas acciones. No es lo que hacemos; es lo que somos. Y cuando nosotros decimos, «Sí, le serviremos, [a Dios]», no le ofrecemos una parte de nosotros mismos durante una parte de nuestras vidas, sino le damos todo lo que somos y todo lo que podemos ser. Cuando recibimos su carne y su sangre, le decimos lo que queremos ser a Jesús. Darnos a nosotros mismo a él para ser su sirviente, aún su vida misma en la tierra. San Ignacio de Loyola expresa este regalo de si mismo en una oració

Toma, Señor, y recibe toda mi libertad,
mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad,
todo mi haber y mi poseer.
Tú me lo diste, a ti, Señor, lo torno.
Todo es tuya.
Dispón de todo según tu voluntad.
Dame tu amor y tu gracia,
que éstas me bastan.
Amén

Quiero concluir esta homilía diciendo que Dios sabe que quizás nadie en esta capilla—y yo me incluyo—le ha dicho “Sí” a Dios tan completamente como Josué pide de nosotros, y ciertamente no hemos aceptado a Jesús tan completamente como lo quiere y como pide de nosotros. Pero en este domingo—el último en nuestro enfoque en el Evangelio según San Juan, capítulo seis—Josué nos invita a una dedicación renovada a Dios, y Jesús nos ofrece su vida, su ser mismo. Y también Jesús invita a responder. Como les dijo a sus queridos compañeros esa vez, ahora nos dice a nosotros, «¿También ustedes quieren dejarme?» Que tengamos la gracia—y el coraje—de responder con Pedro: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios». Que nosotros profesemos esta fe con ambas nuestras palabras y nuestras vidas.